Debravo tiene en estos poemas el fulgor encendido de la protesta, la llama quemante de las voces que se dirigen al pueblo e increpan la miseria, condenan el acaparamiento del pan, no solo el de la espiga, sino también el pan del espíritu, que lo maneja la prensa venal, la que quiere señalarle al hombre el camino que debe seguir para que los detentadores de la riqueza sigan siéndolo. Libertad de palabra para el que es su esclavo, cárcel para el que pide un mundo nuevo.

La poesía social tiene en Debravo un magnífico exponente. Porque este ve y siente la miseria que en pleno siglo XX es una anomalía, es un cáncer en el corazón del pueblo.

ARTURO ECHEVERRÍA LORÍA

POESÍA

ISBN 978-9977-23-995-8

Editorial
Costa Rica

Jorge Debravo

Nosotros los hombres

Nosotros los hombres

Jorge Debravo

Editorial
Costa Rica

Jorge Debravo (1938-1967)

Pseudónimo de Jorge Delio Bravo Brenes, poeta costarricense. Creció en una familia de campesinos humildes y trabajó desde niño para poder ayudar a su familia. Murió a los 29 años cuando viajaba en motocicleta por asuntos de trabajo. Pese a su breve existencia, Debravo es poseedor de una ingente obra poética que lo ha situado como una figura emblemática de la historia literaria costarricense. Ganó el Premio Nacional de Poesía Aquileo J. Echeverría, en 1966.

Nosotros los hombres

Jorge Debravo

Nosotros los hombres

Premio Nacional de Poesía, 1967.

Editorial
Costa Rica

NOSOTROS LOS HOMBRES
© Jorge Debravo
© Editorial Costa Rica
Teléfono: (506) 2233-0812. Fax: (506) 2233-5091
Apartado postal 10 010-1000, San José, Costa Rica
Correo electrónico: produccion@editorialcostarica.com
www.editorialcostarica.com

Dirección editorial y producción: Marianela Camacho Alfaro
Diseño de colección: Priscila Coto
Diseño de portada y diagramación: Felipe Fernández
Imagen de portada: *Transitoriedad del Hombre*, dibujo N.º 9, 1982, lápiz, 62 x 120 cm., de Miguel Hernández Bastos (Heredia, Costa Rica, 1961).

Sexta edición, primera reimpresión:
Editorial Costa Rica, San José, 2013

Derechos reservados conforme a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos. D. R. Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

CR861.4
D288n6

Debravo, Jorge, 1938-1967
Nosotros los hombres / Jorge Debravo
– 6a. ed., 1a. reimpr. – San José: Editorial Costa Rica, 2013.
96 p.; 21 x 14 cm.

ISBN 978-9977-23-995-8

1. Poesía costarricense. I. Título.

SINABI/UT 13-69

Nota editorial:
En esta edición, se ha actualizado la ortografía según las normas de la Real Academia Española (RAE, 2010) y de nuestro propio manual de estilo.

La poesía social de Jorge Debravo

Arturo Echeverría Loría

El poeta Jorge Debravo, es en el grupo de los de Turrialba, uno de los poetas que más hondo ha penetrado en el drama social, sin hacer de su trabajo una obra de versificación partidista. Su poesía por social es humana y cubre el territorio del hombre por el hombre mismo, sin ideologías ni religiones que lo aten para expresarse con ternura ingenua sobre los problemas que le atañen.

Encuentro en estos poemas de Debravo, una candorosidad que cubre su expresión y la hace cristalina y pura. Es el responsable de su pensamiento y lo expresa con el fervor de un ángel que blandiera su espada de fuego sobre la miseria humana y tratara de destruirla para siempre. Eso es sorprendente y entusiasma a los viejos que como yo, ven en la poesía la razón de existir, la razón de ser y la de conocer el mundo. Ya no puede existir el canto solo para el cisne que se muere, ahora el canto es para el hombre, para el trabajador, para la compañera del hombre y el canto es comprometido no con los partidos políticos sino con la humanidad.

Debravo tiene en estos poemas el fulgor encendido de la protesta, la llama quemante de las voces que se dirigen al pueblo e increpan la miseria, condenan el acaparamiento del pan, no solo el de la espiga, sino también el pan del espíritu, que lo maneja la prensa venal, la que quiere señalarle al hombre el camino que debe seguir para que los detentadores de la riqueza sigan siéndolo. Libertad de palabra para el que es su esclavo, cárcel para el que pide un mundo nuevo.

La poesía social tiene en Debravo un magnífico exponente. Porque este ve y siente la miseria que en pleno siglo XX es una anomalía, es un cáncer en el corazón del pueblo.

Los viejos saben más de algunas cosas, pero el diablo sabe más que todos los viejos y cuando el diablo de la poesía se introduce en el cuerpo de un hombre, ni los conjuros ni las enigmáticas palabras, ni el agua bendita de la crítica simplona pueden desalojarlo.

Debravo tiene el diablo metido entre pecho y espalda. Y tiene juventud, y tiene deseos de crear. ¿Qué más quiere?

La poesía es para el hombre uno de los trabajos más nobles y cada poeta debe ennoblecer cada día más eso que busca hacer: poesía.

Pueden cambiar las escuelas y las nuevas generaciones cometer el pecado de olvidar a las viejas y hasta de burlarse de ellas. Esa actitud revolucionaria, como ahora la llaman, es negativa. La poesía moderna no tiene su eslabón perdido, es consecuencia de los poetas de otras épocas u otros estilos que la han

precedido. Estamos en un tiempo en que el hombre creador ocupa un sitio de honor entre los que construyen un mundo de esperanza. Debravo siente en sus venas el calor y el desasosiego de la justicia, por abolir los viejos sistemas que dividen la humanidad, y para que la miseria sea un mito legendario. Así lo expresa libremente en este democrático país que busca enfilarse en la poesía comprometida por el hombre, por la causa del hombre y por el valor del hombre.

En su "Canción divina" dice:

"A grandes dentelladas comeremos el pan
y todo será amable debajo de los astros.
Despacio lo comeremos porque ya no habrá prisa;
cada uno tendrá su parcela de pan, su calabazo de agua,
y ninguno la pena y ninguno la lágrima…".

Este es el creo poético de Debravo, ingenua poesía social, llena de respeto para el pueblo. Poesía que revela la íntima convicción del poeta que dice con sencillez su pensamiento.

Ingenua y simple y cristalina, no maleada por el oído, no encendida por los carbones de la ira, sino, simplemente brotando de sus labios, como brota la hoja de la rama del árbol. Debravo es un poeta íntegro sumergido en nuestro tiempo de angustia, abreva en el pozo amargo de la vida cotidiana y no tiene que bajar escalones de ninguna "Torre de Marfil" cuando quiere conversar con el pueblo.

El hermano Jorge

José León Sánchez

Me agrada la voz de este hermano poeta que viene de lejos calzando sandalias de cuero verde, que suele quitarse a veces para no herir las piedras del camino a las que él define también como parte de los seres que tienen alma.

Me agradan sus manos llenas de sudor ajeno y me encantan sus versos porque no son como coros de campanarios donde se canta igual al viento que llega del sur, de las lomas de lujo y a la inmensa tristeza que viene de abajo.

Me agrada esta poesía clara que yo puedo comprender porque sabe a quebrachos, a hornadas de hambre, a fríos intensos, a dolor de pueblo y a soñar de los que solamente sueños han sabido recoger de su vida entera.

Jorge Debravo es el nombre de este poeta amigo y hermano de mis tiempos duros. Está entre las cosas buenas de mis recuerdos porque cuando sobre mi cabeza se han dejado caer las gotas de amargo, él no ha corrido a esconder su corazón detrás de una piedra, repitiendo como muchos una maldición para el amigo de ayer o una letanía de maldiciones para

el hombre que también anhela soñar, amar, sentir y esperar.

Me gustan sus versos porque siempre se presentan con los pies recién lavados en el río. Y también porque tienen la sinceridad, la fuerza, la emotividad que trae consigo siempre la verdad. La verdad, amarga y terrible, pero única vela que puede mover el viento de la vida.

Y siento agrado de leer los versos de este amigo bueno, porque he andado por todos los caminos de mi pueblo. Sé que la semblanza de nuestras gentes está más allá de los cartelones atrapa-turistas; de las palabras melosas de la demagogia; de las enseñanzas insinceras que algunos parásitos educados sacaron de la universidad.

Para definir la poesía de Jorge Debravo no es necesario buscar el diccionario hasta encontrar palabras idiotas, de esas que mutuamente se suelen endilgar los poetas de correntada y los críticos fracasados.

No es poesía de club de lujo donde se bebe licor de nombres extraños y se hace burla del dolor del pueblo. No es poesía de salón donde se declama lo que gusta siempre a los mercaderes del arte, a los vividores de nuestra llamada cultura.

No. Es una poesía teñida de oro como una tarde que nada tiene que esconder. Con las manos siempre llenas de sudor ajeno. Con el dolor callado y sincero de los seres que no pueden y no saben hablar.

Es por ello que me gusta la poesía de Jorge: porque viene de lejos, sencilla, preñada de tierra fuerte y calzada con esas sandalias de cuero verde que su

autor suele quitarse a veces para no herir las piedras del camino.

Y amo la sincera poesía de este hermano que, cuando una lluvia de lodo cayó sobre mi rostro callado, no salió corriendo para esconder su corazón detrás de una piedra.

A mis padres,
José Joaquín Bravo y María Cristina Brenes;
a todos los hombres que aún creen en el amor.

Jorge Debravo

Nosotros los hombres

Nosotros los hombres

Vengo a buscarte, hermano, porque traigo el poema,
que es traer el mundo a las espaldas.
Soy como un perro que ruge a solas, ladra
a las fieras del odio y de la angustia,
echa a rodar la vida en mitad de la noche.

Traigo sueños, tristezas, alegrías, mansedumbres,
democracias quebradas como cántaros,
religiones mohosas hasta el alma,
rebeliones en germen echando lenguas de humo,
árboles que no tienen
suficientes resinas amorosas.

Estamos sin amor, hermano mío,
y esto es como estar ciegos en mitad de la tierra.

Traigo muertes para asustar a todos
los que juegan con muertes.
Vidas para alegrar a los mansos y tiernos,
esperanzas y uvas para los dolorosos.

Pero traigo ante todo
un deseo violento de abrazar,
atronador y grande
como tormenta oceánica.

Quiero hacer con los brazos
un solo brazo dulce
que rodee la tierra.

Yo deseo que todo, que la vida sea nuestra
como el agua y el viento.
Que nadie tenga nunca más patria que el vecino.
Que nadie diga más la finca mía, el barco...,
sino la finca nuestra, de Nosotros los Hombres.

La misa buena

Vamos a celebrar
la misa del amor esta mañana.
Haremos una hostia
con masa de maíz, harina y esperanza.
En un filo de roca,
sobre el vientre de un cerro,
consagraremos la hostia de la vida
y el vino del derecho.

(*Los que no vengan,*
los enemigos,
rodarán solos
a malos ríos).

Ninguno de nosotros
rezará arrodillado:
rezaremos de pie, listos para la vida,
con los ojos volando.

(*La rodilla se dobla*
cuando las manos
están apabulladas
de fracaso).

De noche llegaremos a nuestro altar, unidos,
mezclados en abrazo,
rezando la oración de la alegría,
el beso de los libres en los labios.

(Cuando se abraza
diciendo hermano,
los que no abracen
quedarán mancos).

Todos seremos sacerdotes, todos.
Los altos y los bajos.
Y todos comeremos la hostia del amor
como animales cálidos.
Invitaremos a la misa a todos:
niños, ancianos, presos,
pilotos y mecánicos,
arzobispos y obreros...

(Cuando se reza
de pie y cantando
los de rodillas
son los paganos).

Este sitio de angustia

Uno quisiera siempre tener su mano amiga,
su buen pan compañero, su dulce café,
su amigo inseparable para cada momento.
Quisiera no encontrar un solo fruto amargo,
una casa sangrando, un niño abandonado,
un anciano caído debajo del fracaso.

Pero a veces los días se ponen grises,
nos miran con miradas enemigas
y se ríen de nosotros,
se burlan de nosotros;
nos enseñan cadáveres de jornaleros tristes,
de muchachas vencidas, de niños sin tintero.
Se mira uno las uñas, como haciéndose viejo
encoge las rodillas para no perecer
y nada, nada bueno agita las campanas,
nada bueno florece en los hombros del mundo.

Entonces es que uno llama al apio y le dice,
llama al rábano amargo y le dice también
que esta corteza de hombre debe de ser un castigo,
un paisaje maldito donde el nombre no quiere,
no soporta vivir porque le sorben sangre,
porque le chupan sangre hasta dejarlo ciego.

Es entonces que uno –cuando mira los puentes
y los halla cerrados, cuando toca los frutos
y los halla podridos, cuando mira hacia el cielo
y lo encuentra colérico y cuajado de muerte–

es entonces, repito, que la piel no nos sirve,
el alma nos maltrata como un colchón de agujas
y maldecimos este cascarón fracasado,
estos ojos de hombre y estos zapatos de hombre.

Esta hora nueva

Hoy no es día de sentarse de espaldas a la vida,
con las manos en cruz y un jesucristo amargo en las
[rodillas.

Hoy no es día de enclaustrarse en conventos mohosos
ni de cantar canciones de novia abandonada.

Hoy no es día de ponerse a sumar amoríos
y a inventariar los sueños y las tristezas viejas.

Hoy es día de correr, con los brazos en alto,
a trabajar la tierra más feraz y más ancha
y sembrar las semillas de la vida.

Hoy es día de hacer campo para cada muchacho,
para cada muchacha,
para cada hombre joven, sudoroso.

Hoy es día de aserrar millones de cadenas
y día de buscar panes para nutrir hambrientos.

Que los templos se caigan a solas aplastados
por su propia vejez y su fiel condición
de plantas anticuadas.

Que el sacerdote hable, predique en media tierra,
luche al lado del joven, del anciano y del niño.

Hoy es día de arar con arado de fuego
las eras del amor y el entusiasmo.

Hoy es día de arrancar las plantas amargadas,
de arrojarlas al fuego y de aventarlas.

Hoy es día de correr como animales dulces
a lo largo del largo camino de la vida.

De correr por la tierra y más allá de ella
y más adentro de ella.

Los santos de este día no han de tener cilicios,
ni ojeras enfermizas, ni músculos de hielo.

Los santos de este día han de ser los mecánicos,
los científicos hondos que apresan el planeta entre sus
[manos.

Deben ser los maestros que se hunden paso a paso
en las más escondidas axilas de la tierra.

Que los templos se caigan sobre los sacerdotes
y los cristos manidos que no quieran salir a respirar la
[vida.

Y que nos venga el Cristo poderoso y enorme
con mano de mecánico y un mapa universal como
[bandera.

Denuncia

Cualquiera diría que miento:
que la sangre ya no se usa
para amasar monumentos.

Que el hambre no es argamasa
usada para unir bloques
y hacer paredes de casa.

Pero yo sé que hay balcones
hechos con huesos de anciano
y con sangre de peones.

Pero yo sé que hay rellanos
hechos con manos de niños
y soledades de ancianos.

Pero yo sé que hay navíos
hechos con pieles de negros
y corazones vacíos.

Pero yo sé que hay ciudades
hechas con pulpas humanas
y que hay huesos disfrazados
en los marcos de ventanas.

Inventario

Todos los días siento que el fracaso
me da una bofetada.
Miro las cosas, frías, siempre iguales,
terriblemente humanas.

La alegría se me huye de la vida.
Me doblega la guerra.
El amor sigue triste, mal vestido,
sangrando por la tierra.

La paciencia se gasta como una
candela muy delgada.
La esperanza se apaga de repente
como brasa mojada.

Los rezos son inútiles, lo mismo
que las palabras buenas.
Los cristos se nos pudren como frutos
en las grandes bodegas.

Nada cambia la sangre, la tristeza,
esta miseria amarga
que rodea la vida y se hace grande,
saladamente larga.

Solo el fracaso sigue siempre ancho,
siempre oceánico y fuerte,
cubriéndome los ojos con un vaho
de soledad y muerte.

Alma

El hombre no es de barro, pero el alma,
su alma, sabe a barro.
Si uno la mira le quedan las pupilas
oliendo como a pozo.
Su alma sí es de barro, de mal barro,
de barro rencoroso.
Lo digo esta mañana y lo diré los jueves
aunque me encuentre solo.

El hombre es de carne, pero el alma,
su alma, es barro amargo.
Si no fuera de barro sería buena,
lo mismo que un durazno.

Si no fuera de barro andaría siempre
en la boca de todos.
Pero su alma es de barro y está sola
como un montón de escombros.

Digo esto esta mañana y lo diré de noche
aunque me sienta amado.
El hombre es de carne, pero el alma,
su alma, es de mal barro.

Casi ni el que la lleva la soporta:
le pesa como un potro,
le engaña la mirada y los oídos
y lo hace un animal arisco y solo.

Hombre

Soy hombre, he nacido,
tengo piel y esperanza.
Yo exijo, por lo tanto,
que me dejen usarlas.
No soy dios: soy un hombre
(como decir un alga).
Pero exijo calor en mis raíces,
almuerzo en mis entrañas.
No pido eternidades
llenas de estrellas blancas.
Pido ternura, cena,
silencio, pan y casa…

Soy hombre, es decir,
animal con palabras.
Y exijo, por lo tanto,
que me dejen usarlas.

El paso

Lo mejor de nosotros es el paso.
La pierna que se mueve
para humillar el barro.
El talón que resuena
por dentro del zapato.

Lo mejor de nosotros es el paso.
La huella misma, la
huella que es como un triunfo sobre el barro.
El golpe del tacón que suena a golpe
de lucha en el asfalto.

Si no hubiéramos hecho tantos dioses
podríamos adorar al Señor Paso.

El pozo

Soy un pozo esta noche,
lleno de vinos negros
y deseos diabólicos
y silencios coléricos.

Soy un pozo esta noche,
aterrado de huesos,
donde no cabe nada porque ya me rebosa
este olor angustiado a cementerio.

Soy un pozo esta noche porque la Patria anda
vestida de mendigo en paisajes ajenos
y la Usura camina trajeada de paloma
y los ángeles huelen a comandante ciego
y el amor suda sangre y las aguas se agitan
arrastrando enramadas de corazones muertos...

Corazón de fracaso

Acerqué mi cabeza a la tierra mojada
y oí mi corazón golpear el mundo.

En medio del crujido de las rocas
resonaban sus tumbos.

Corazón de piqueta, ¡pobre loco!,
destapando sepulcros.

Corazón arrugado y triste y flojo
como un armario viejo.

Aún te oigo ahora rodar lápidas
y golpear el pecho de los cerros.

¡Qué gran chorro de sangre colorada
te va a salir del cuerpo
cuando halles el amor que andas buscando
y sepas –ya a destiempo–
que es pequeño y liviano
como un gramo de viento!

Pobre trozo de carne dando vueltas,
¡pobre viejo!

El mundo que persigues es un niño
nacido muerto.

La patria que tú buscas está lejos,
más lejos de lo lejos.

Trajes

Hace mucho que usamos este mismo vestido
en la casa,
en la iglesia
y en el gobierno.

Nos hemos habituado tanto a usarlo
que ahora nos da miedo
y no nos atrevemos a cambiarlo,
como si con el cambio
nos quedáramos muertos.

Ajustamos los pasos,
las costumbres, los credos,
el amor,
los pensamientos
a la estrechez reseca de este traje
apolillado y viejo,
que empezó siendo objeto de servicio
y se nos ha trocado en carcelero.

Yo digo, sin embargo, que en la vida
hay mucho traje fresco,
que debemos quemar este gangoche
donde ya no nos cabe el pensamiento.
Lo importante es decir un día de todos:
—¡Al diablo este vestido polvoriento!
Y agarrarlo con cólera y rasgarlo
y quedarse desnudo en medio viento.

(Estando uno desnudo busca traje
aunque tenga que hacerlo
deshilándose
el cuerpo).

Lo importante es tirar este vestido,
encontrar uno nuevo
y no dejar jamás que se nos hunda
en la piel y los huesos,
porque entonces, amigos, deja de ser vestido
y se nos hace amo y carcelero.

Esta canción amarga

Sufro tanto que a veces ni siquiera
sé si sufro por mí o por el obrero.
El sufrimiento nace, simplemente.
Es como un árbol ciego.

No lo busco, lo llamo ni lo aguardo.
Nace cuando lo quiere.
Es como un chorro de alcohol, como una
almohada de alfileres.

Es amargo y sangriento a medianoche
y a veces –sin permiso– en las aceras
me anuda la camisa hasta asfixiarme,
me riega ácidos malos en las venas.

Sin embargo, hermanos, cuando falta
es como si mi carne estuviera vacía,
como si no corriera el jugo de mi sangre,
como si a chorros, roja, se me huyera la vida.

Nocturno de vida y muerte

A veces –en la noche– extiende uno la mano
y se la moja toda
como si las estrellas cayeran hechas agua.

Busca uno la luna con ojos asustados
y solo encuentra el hueco
donde una vez estuvo desnudamente blanca.

Entonces –si uno acerca el oído a la sombra–
oye largos quejidos como de niños muertos,
como de dulces novias sangrando sin motivo,
como de ángeles tímidos que estuvieran gimiendo.

Si estira uno los ojos en medio de la noche,
ve rostros desolados, manos encallecidas,
brazos de arcilla seca, enfermos retorciéndose,
gentes pobres aullando de abandono,
injusticias rugiendo como grandes panteras…

Y ve también lujosas residencias
y hombres millonarios durmiendo francamente,
mujeres millonarias barajando los naipes,
sacerdotes contando monedas egoístas,
políticos sudando discursos de alegría,
comerciantes soñando con chequeras, etc.,
como si todo fuera de miel sobre la tierra.

Es entonces que a uno le sangran las pupilas,
le protesta el amor como anciano colérico,
y sueña con granadas y cristos vengadores,

y ve ríos de guerra desbordarse de cólera,
arrasar los palacios, despedazar monedas
y arrancar de la tierra el hambre y la miseria
con navajas, fusiles, cuchillos y esperanzas.

¡Levanta uno los ojos viento arriba
y no encuentra una estrella ni una luna ni nada...!

Óleo negro

Mi corazón es un madero amargo.
Apretujado y solo se me encoge
–debajo de los huesos–
como un pan olvidado en el armario.

Y es que mi corazón todas las noches
bebe leche de muerte, oye quejidos
de soledad como si aullaran todos
los lobos de la tierra, come trozos
de miseria y sus ojos están llenos
de fotos desoladas de mujeres con hambre,
de ancianos encorvados como troncos,
de niños arrastrados como palos.

Nunca encuentra un rincón donde esconderse.
Y el pobre, tembloroso, tiene que estarse quieto
escuchando quejidos de naufragio
en todas las bahías, retorciéndose
de angustia, impotencia y desamparo.

Si usted viene –a mitad de cualquier noche–
lo encontrará tirado en media vida,
como un anciano muerto
al pie de su caballo.

Miedo

Alguien tose en la noche
y en toda la ciudad resuena el tumbo.
Las paredes se quedan silenciosas
y el miedo se descuelga por los muros.

Y es que el miedo es verdad y el miedo vive
y el miedo anda descalzo por las calles
y el miedo entra a la iglesia
y a las escuelas y a los festivales.

Se le ve al profesor debajo del abrigo
y al músico en el hueco frutal de la guitarra.

Se le nota al chofer en la camisa.
Se le ve al diputado en la corbata.

Lo lleva el abogado en la cartera.
Lo porta el sacerdote en la sotana.

Le pesa a la maestra sobre el lápiz.
Le duele al orador en la garganta.

Y es que el miedo es verdad y el miedo vive
y el miedo anda silbando
y el miedo hace que andemos despacito
contando con angustia nuestros pasos.

Vergüenza

Después de mi trabajo,
después de haber bebido un buen tazón de besos,
después de la fatiga
y del almuerzo,
me echo a contemplar
las palomas tumbadas de mis manos,
mi corazón tumbado
como un limón amargo,
mi esperanza tirada
en una piedra,
mi vergüenza jugando
a la gallina ciega,
caminando a escondidas
como si fuera por vereda ajena:

—¡Por favor no se vaya! Mire usted estas manos
colgando de mi cuerpo
como dos niños
huérfanos!

Pero la pobre, amarga, flaquísima vergüenza,
se esconde como un perro.

El vaso de esperanza

Uno piensa que nada le ha quedado
en el vaso frutal de la esperanza.

Que todo es un océano de fracaso
y que el amor no flota sobre el agua.

Y es que el oído escucha tanta sombra,
la boca traga tanta carne amarga,
los ojos adivinan tanta muerte
en cada soledad, las manos palpan
tanto amor con espinas, el olfato
huele mucho rencor entre las sábanas...

Sin embargo, la vida no está muerta,
la piel del corazón aún tiene savia,
los pozos del amor aún echan gotas
de algo como sangre o como agua...

Solo falta golpear los tajamares,
romper con la piqueta las montañas,
llamar a los ancianos, los muchachos,
los niños, las mujeres, las muchachas
y decirles que, no obstante la muerte,
a pesar del rencor y la desgracia,
todavía queda algo, un sarro bueno
en el vaso frutal de la esperanza.

Canción divina

Yo quiero un pan, hermano, grande como las aguas
[de los mares,
ancho como las grandes llanuras de la tierra,
espeso y generoso como una montaña.

Cuando encuentre ese pan correré por los campos,
recogeré a los hombres más tristes y más flacos
y los llevaré a todos a sentarse a mi mesa.

A grandes dentelladas comeremos el pan
y todo será amable debajo de los astros.
Despacio lo comeremos, porque ya no habrá prisa;
cada uno tendrá su parcela de pan, su calabazo de
[agua,
y ninguno la pena y ninguno la lágrima.

Después de la comida cantaremos canciones de
[alegría y entusiasmo.
Y en todos los altares de los templos
pondremos un pedazo de pan fresco
y lo reconoceremos para siempre como el más tierno
[dios de todas las edades.

Grandes silencios

Y esos silencios llegan, se apoderan
de los muebles, del alma, de las ropas,
de la mirada misma, y uno, entonces,
resignado y colérico, tiene que soportarlos
hasta que toda vena se le pone morada
y el cuerpo le echa a andar como un anciano loco.

En medio de esos hondos silencios uterinos
es que se oye al pan gritar con sangre,
maldecir las canastas y las congeladoras
y gemir por la boca del hambriento
que muere sin nombrarlo,
soñándolo, no más, en su esquina de sombra.

Y es que además se oyen los quejidos
de las casas de lujo,
las casas olvidadas a la orilla del mar,
las casas habitadas solo una vez al año,
para las vacaciones.
Porque las casas son como cuerpos desnudos
cuando no tienen hombres en sus cuartos
y suplican el sueño de un mendigo
o el ronquido feliz de un buen anciano.
Y es que también protestan y se quejan los pobres
vestidos encerrados en armarios blanquísimos,
fatigados de tanto estar a solas,
suplicando
una mancha de barro que motive
su vida sin amor,

un desgarrón violento que haga justa
su imbécil existencia,
que les dé alma, fuego,
razón de ser vestidos,
razón de haber cansado las manos de los sastres
y de los vendedores.

Y entonces tiene uno que soportar, sangrando,
consintiendo,
los quejidos del pan en la basura,
los gritos de las casas olvidadas,
las protestas de todos los vestidos que se pudren
inútiles, estériles,
como monjas echadas por la fuerza
en el silencio cruel de los grandes conventos.

Y cuando luego, al rato, después de mucha angustia,
el silencio se marcha,
queda uno pesado,
ojeroso,
colérico,
jadeando, suplicando
un cuchillo para arrancar el pan que se endurece a
[solas,
un patíbulo enorme para ahorcar a los hombres
que dejan a las casas, ¡a las amables casas!,
aburrirse en las playas,
un revólver frutal para sacar a tiros
los vestidos que nadie,
que nadie usa, nadie,
y que sangran a solas en los grandes roperos…

En ese mismo instante se asoma uno a la puerta,
borracho,
desusado,
guerrillero,
y ve a un mendigo hambriento, sin camisa,
pidiendo diez centavos por el amor de Dios.

Elegía para Cristo

1
Un gran río de fracaso corre por sus terrenos.
Ancho como los vientos es su dolor y ancha
como un mar desbordado su soledad humana.

Ninguna planta dulce dio el fruto que esperaba.
Todas se le secaron como huerta sembrada
en campo de batalla.

Ahora solo corre por sus eras un viento
de fracaso y de luto y manos encorvadas.
No se lava con lluvia: se restriega con lágrimas.

Los pobres siguen pobres, doblados como cañas.
Los mansos siguen mansos debajo de las botas.
Los buenos siguen solos debajo de las garras.

2
Se desbordó lo mismo que una inmensa majada.
Quiso lavar la tierra con sus chorros de lágrimas,
pero todas sus lágrimas se ensuciaron y ahora
son ríos de podredumbre, monstruos de piel en llamas
que devoran ancianos, idiotizan arcángeles,
se nos beben la leche de las más tiernas vacas.

Como un río de tristeza su dolor va corriendo
entre un raudal oscuro de sangres desoladas.
De nada le sirvió tener un lagar dulce:

los hombres le han llenado de blasfemias la casa,
le han arrojado uvas podridas en las cubas
y le han echado polvo en sus más limpias jarras.

Su vino ya no es vino: es una angustia amarga,
mezcla de sangre y oro, mezcla de odio y barro,
mezcla de huesos, autos, sacrificios y lágrimas.

Guía para un profeta

Debes entrar en ellos como entran
las aguas a las tierras más porosas.
Debes andarlos todos, carne adentro,
bajarles por los túneles
amargos de los huesos,
despertarles el alma que hace mucho
la tienen estirada en el cemento.

Debes llevarles sueños,
amores,
panes jóvenes,
alimentos bastantes
para 50 años.
Debes aconsejarlos. No dejarlos
que se doblen delante de los grandes.
Desnudarles un dios ante sus ojos grises.
Que le vean la carne, las rodillas,
el vientre... Que comprendan
que los dioses escapan, humillados,
cuando el hombre los mira rostro a rostro.

Los sembradores

A ninguno le gusta beber muerte.
Todos chupamos con tesón la vida.
Todos quisiéramos tener un país dulce,
sabroso como el pan, con muchas camas
y muchas fiestas buenas en el alma.

Algunos, sin embargo, beben muerte.
Saben que van a ella, lo meditan,
y siguen, a pesar, la misma calle.
Generalmente llevan
una canción de amor entre los labios,
un sueño de ternura ojos adentro
y una bandera blanca sobre el alma.

No desean morir, pero van a la muerte.
(Si quisieran morir se acostarían
voluptuosos en tierra de suicidio).
Ellos quieren sembrar; tienen adentro
granos de compasión, semillas
de esperanza y abrazo para todos.

Comprenden que la tierra sabe amarga
y que deben sembrarle frutos nuevos,
para que nadie marche por las calles
con un pan de dolor entre los dedos.

No es que deseen morir: es que ellos son
muy hermanos hermanos de los hombres,
muy amantes amantes de la vida

y no pueden mirar en silencio las hambres
y los harapos frente a los almacenes.

Si uno les abre el pecho,
les encuentra en el fondo
un corazón de madre.

Por eso cuando mueren no se mueren:
siguen sembrando siempre,
abonando terrenos con su recuerdo bueno,
cuidando plantaciones con su fantasma blanco.

Patria

Tengo a mi patria
siempre en la mano.
La miran mucho
mis ojos claros.
La besan mucho
mis labios mansos.

Quiero a mi patria
siempre en la mano.
Mansa y pequeña
como un garbanzo.
Sin rifles negros.
Sin sables blancos.

La quiero dulce
para los bajos.
La quiero tierna
para los altos.
La quiero buena
para los malos.

Por eso a veces
la llevo al campo,
le cuento historias
de niños sanos,
de ancianos dulces,
de lindos ranchos.

Le digo que hay
países anchos
donde no existen
dioses metálicos,
donde no hay primos:
que solo hermanos.

Canción en tiempo de esperanza

Te estoy poniendo, América,
la mano en esos pechos
de muchacha entregada.
Te estoy acariciando con mano de ternura,
con pequeña caricia de niño cincoañero.
Te estoy soñando ahora
olorosa a jaguar y a cedro milenario.
Te estoy besando ahora
como si nunca hubieras sido desnudada,
como si nunca hubieras aceptado
monedas por el pan de tus amores.

Sé que no eres pura, intocada, silvestre.
Sé que manos oscuras se han posado en tus muslos
y en tus hombros.
Sé que has vendido el cuerpo por la luna del dólar.
Sé que de tu inocencia solo quedan los mapas
como viejas fotografías donde ya no te reconoces.

Pero te quiero, América,
y puedo perdonarte.

Sé que bajo tu piel ronca la savia limpia y fuerte;
que bajo tu carne aúllan los pumas indomables.
Sé que has nacido para
ser madre,
esposa,
abuela de todos los humanos.

Sé que un día cualquiera sacudirás los hombros
y todas las manos sucias
rodarán en el barro;
que marcarás con sangre las monedas
para que nunca más nadie las toque.

Te tomaré del brazo y te hallaré de pronto
un rubor virginal en tus mejillas.

Potros imbéciles

Hay demasiado trapo de rencor sobre el alma.
Mucha sombra en las calles y en los ojos.

El hombre marcha a rastras
sin saber si su paso lo lleva hacia un tesoro
o hacia una comarca vigilada por muertes.
Hay demasiado trapo de rencor sobre el rostro.

El hombre nace, suda, se enamora, se peina,
aprende a ser mecánico, aprende a dar el voto,
pero nunca comprende por qué va caminando
ni hacia dónde camina.

El hombre es como un potro
suelto en mitad del mundo,
como un imbécil potro.

(Los potros tienen sangre, pero no lo comprenden.
Tienen ojos y nunca saben que tienen ojos.
Nacen, crecen, galopan y una noche
resbalan a un barranco... Los potros
no saben que el barranco tiene cercas de muerte.
Muchos de ellos caen cuando van, voluptuosos,
persiguiendo la sombra sensual de una potranca
o el agua estrelladísima de un pozo).

Hay mucha sombra imbécil en los ojos humanos.
Mucha sombra en los ojos.
Hay hombres que se beben la luz y, sin embargo,
siguen rociando sombra en los ojos de otros.

Aman el lujo, aman las fiestas, la lujuria
y arrodillan al triste que siempre vive solo.
Desprecian al mendigo. Les gusta dar limosna
para que el mundo sepa que nacieron de oro.
Son verdugos, verdugos que andan por los caminos
buscando pobres solos,
muchachas distraídas,
niños llenos de asombro,
para darles zacate,
vendarles los dos ojos,
ponerles una albarda,
convertirlos en potros...

En potros sin orgullo, en caballos humildes,
¡en imbéciles potros!

Nocturno sin patria

Yo no quiero un cuchillo en manos de la patria.
Ni un cuchillo ni un rifle para nadie:
la tierra es para todos,
como el aire.

Me gustaría tener manos enormes,
violentas y salvajes,
para arrancar fronteras una a una
y dejar de frontera solo el aire.

Que nadie tenga tierra
como se tiene traje:
que todos tengan tierra
como tienen el aire.

Cogería las guerras de la punta
y no dejaría una en el paisaje
y abriría la tierra para todos
como si fuera el aire...

Que el aire no es de nadie, nadie, nadie...
Y todos tienen su parcela de aire.

Silencios

Muere un amor en mitad de la esperanza
y un silencio sepulta su cadáver de pájaro.

Sangra una niña sobre un lecho lúbrico
y un silencio se esconde entre los trapos.

Degüellan a un muchacho en una patria
y un silencio se esconde en los zapatos.

Cogen la libertad, la escupen, la desangran
y un silencio terrible cierra los campanarios.

Alguien pone candados en los libros
y un silencio se oculta en los armarios.

Fusilan a un patriota en un rincón oscuro
y un silencio se fuga sobre los techos blancos.

Un millón de niñitos se nos mueren de hambre
y un silencio se duerme contemplándolos.

La pregunta mala

La pregunta me cuelga de los labios,
se pega más, se divide en montones
de preguntas agudas como espadas:
voces que le preguntan al niño por qué llora
si el llanto no conmueve las paredes del mundo.
Gritos que le preguntan al anciano
por qué aún no ha muerto si la vida
le ha negado el derecho al testamento.
Llantos que les preguntan a las madres
por qué paren más hijos si la tierra
nunca les tiene listo un lecho nuevo.
Horcas que les preguntan a los ricos
si no les sabe a sangre el alma cuando el viento
les trae voces de peones sin vestido,
voces de hijos de peones sin almuerzo,
de mujeres de peones sin cazuela.
Gritos que les preguntaban a los pobres
por qué no han levantado los cuchillos
para cortar el pan que no se comen.
Blasfemias que preguntan temblando al sacerdote
si no le sabe amargo el asiento del auto
cuando los cristos sangran
colgando de las cruces.
Preguntas como heridas,
preguntas como argollas
que no quieren zafarse de los labios
y siguen preguntando, preguntando,
mientras el viento pasa y la tristeza
cae como una piedra sobre el mundo.

Romance negro

A veces siento los huesos
deshilachados de angustia.
Cuchillos negros de sangre
me hacen pedazos la luna.
Un gran pozo de aguas tristes
se me encharca en las entrañas
y un ventarrón de protestas
me hace pedazos el alma.

Oigo entonces en la noche
–tierra adentro y tierra abajo–
anchos quejidos de muerte,
hondos tambores de llanto
y encuentro gentes que arrastran
su miseria como un trapo.

Hay quien dice, sin embargo,
que esta tierra es buena y tierna
como una niña dormida
entre el vestido de seda.

Pero yo digo que es
muy sangrienta y muy amarga,
como un trago de salmuera
mezclado con sangre humana.

Y que no me hablen de tiendas
llenas de trajes plateados,
porque los trajes se manchan
cuando se derrama el llanto.

Y que no me hablen de iglesias
todas cuajadas de santos,
que los santos no protestan
por tener muertos los labios.

Y que no me hablen de rosas
en tiestos de porcelana,
porque las rosas no huelen
cuando no hay pan en la casa.

Paisaje en negro de tumba

Hay un chorro de miedo siempre a nuestras orillas.
Hay barreras de odio grandes como montañas.
Hay terrones resecos, sin amor, con las huellas
de las sandalias muertas de los que se han perdido.
Hay colmenas malditas donde todo es amargo
y las abejas zumban como remordimientos.

Hay caminos torcidos
que avanzan, retroceden y se quedan dudando.
Hay huertos donde nunca ha crecido un espárrago,
donde solo el fracaso
se encrespa y se desborda como un río.

Hay silencios malsanos, puertas tristes
por donde nadie pasa.
Hay almas que no son, que no pueden ser almas,
porque daría vergüenza llamárnoslas hermanas.
Hay mareas de frío, oleadas de tristeza,
soldados y verdugos.
Odios con grandes jarras de alegría
al alcance de todos... Hay muñecos
de pena en los rincones más tiernos de la tierra.

Hay milagros hechos con egoísmo
y mixturas de oro.
Hay calabozos rudos para los que no tienen
justicia en la chequera.
Hay remansos de soledad para bañarse a diario
con todas las tristezas.

Hay templos donde comen la carne de los pobres
en nombre de un profeta,
Hay aguas de pecado para bañar a los niños
y los adolescentes.
Hay relámpagos rojos que andan matando niños,
desmenuzando ancianos,
desesperando pobres,
por el hondo pecado de ser pobres...

Pero hay también, en algún sitio desconocido,
tal vez al mismo lado de la mano,
una luna de amor blanca como una sábana,
grande como la sábana de Dios: la luna buena,
grande, blanca y frutal de la esperanza.

Presagio de fuego

Debajo de la tierra oigo sonidos roncos.
Sonidos como de manos que se vuelven raíces,
como de inmensos dientes masticando metales.

Bajo sombras y estrellas escucho ese sonido
despertando los pueblos, emergiendo a los pueblos,
despertando las casas, sacudiendo las casas.

No es el agua de los mares desbordada:
es más ancho que el agua.

No es el fuego de la tierra desbordado:
es más hondo que el fuego; viene del hombre mismo,
de las raíces mismas del planeta.

Es la planta del pan rompiendo piedras para llegar a
[todos.
Es el agua de amor haciendo huecos para regar el
[mundo.
Es la justicia abriendo, descerrajando montes,
para salir al campo.

Son las camas, los besos, las caricias,
que vienen hacia todos, para todos.

Es la gran huerta que los muertos han sembrado
[debajo de la tierra,
que se abre campo, ardiendo,

hacia arriba, hacia el hombre,
cargada con los frutos que nunca han existido en la
[piel de la tierra.

Dos retratos en negro

Retrato primero
Vivimos en un tiempo de vino muy amargo,
de calles muy violentas, de esperanza muy pobre.
El corazón no cabe ni a lo ancho ni a lo largo,
ni por dulce, ni triste, ni salobre.

Debajo de las casas huele a pena reciente
y a neurosis guardada entre perfumes blancos.
Se nos huye el amor como un mal delincuente
y nos huelen a sombra las calles y los bancos.

Sombras
Sobra decir que a veces la fatiga
se disfraza de novia y esperanza.
Sobra decir que el alma se castiga
porque el amor que encuentra no le alcanza.
Sobra decirlo todo. También sobra
decir cómo nos sangra esta pena encerrada
sobre la carne amarga de zozobra,
triste de haber nacido para nada.

Retrato segundo
Los pobres han gastado su camisa postrera.
Con los ojos vencidos se doblan temerosos.
Recuentan sus pecados sobre una vieja estera
y juegan a las cartas sus últimos reposos.

Como pobre cosecha se les gastó la espera.
Como puertos sin barcos se aprietan silenciosos.
Los ahoga la anemia como amarga salmuera.
Los carcome el fracaso con virus ponzoñosos.

Nada les ha quedado de todas esas siembras
que llevaban adentro. Como plantas tardías
se les doblaron sueños, esperanzas, amores.

Andan como los mares: para siempre sin hembra.
Quedan como las piedras: para siempre baldías.
Se doblan como alambres: para siempre sin flores.

Profecía
Ha de llegar el tiempo de las compensaciones,
de los panes calientes para cada mendigo.
La hora, para el ciego, de las constelaciones.
La hora del hermano, la hora del amigo.

Será la hora dulce, dichosa, satisfecha,
la de ir por la calle con los labios cantando,
la de abrazarnos mucho de una fecha a otra fecha,
la de llevarla siempre como novia besando...

Poemas fraternales

Carta circular de abrazo

Hermano mío, hermano en el olor a tierra,
en el sabor a lucha,
en la dulce manera de pronunciar el beso.
Te digo hermano mío aunque no te conozca,
aunque sudes a oscuras
en el vientre angustioso de una mina,
en la riqueza ajena de una finca,
en el reino violento de una fábrica...

Solo diciendo hermano te puedo decir esto.
Solo de esta manera te puedo suplicar
que me des el abrazo más puro de la tierra.
Porque hoy no es día
de separar los hombres
por edades, colores y tamaños.
Hoy es día de amarrar a todos los países
con una sola amarra de manos y de brazos.

Creo que solo cabe una separación.
Que de todos los hombres solo pueden hacerse
dos haces, dos ejércitos
(perdóname si uso esta palabra amarga):
el grupo de los hombres abrazados
y el grupo de los hombres que no quieren abrazo
ni siquiera a la fuerza.

Demás está decir que el grupo de los hombres
[abrazados
será tan poderoso como un terremoto
y que el grupo del odio, de los que tienen miedo
de mancharse la carne con sudor de albañil,
será como un aborto de la tierra.

(Perdonadme vosotros, los que gustáis del vino,
los que fabricáis casas con maderas sangrientas
y pegáis las paredes con argamasa humana;
los que no trabajáis y tenéis cuatro casas
y muchos automóviles;
perdonadme, os repito, porque yo desearía
que fuéramos hermanos,
pero no tenéis sitio,
no tenéis sitio ya sobre la tierra.

Con dolor os lo digo: si no entráis al abrazo,
tendremos que arrojaros de la vida
aunque tengamos que guardar el rostro
para no sollozar).

Carta circular de angustia y esperanza

Conozco muchos hombres que parecen
ramillas arrancadas del árbol de la vida;
hojas muertas, lodosas,
nadando en el estanque de la muerte.
Alzan brazos y gritos
como grandes tentáculos de angustia
y se duermen tapados con pedazos de noche.

¿Quién viene, hermanos míos, hombres de todo el
[mundo,
quién viene a levantarlos?
¿Quién desea merecer la medalla inmortal del
["muchas gracias"
que será como un árbol en su pecho?

¡Los solos, los vencidos, los caídos en tierra,
quieren hermanos, madres, de cualquier latitud,
de cualquier raza!

Piden manos amantes, ojos esperanzados, bodegones
de pan y de ternura…

Hombres de todo el mundo: ¡los solos, los caídos,
los doblados, os llaman!

No les traigáis engaños, ni oraciones, ni rezos,
ni bonos incobrables contra la vida eterna.

Traedles pan, amor, canciones, lechos, casas,
tierras, hachas, semillas,

y pronto los veréis avanzar con vosotros
cantando el mismo canto,
sonando el mismo cuerno,
marcando el mismo paso.

Y la tierna sonrisa de los hombres
se hará una cruz de oro en vuestro pecho.

La semilla

Huele esta tierra fresca, hermano mío, maestro.
Es poderosa y dulce entre las manos.
Quiere escaparse, a veces, cual si estuviera viva.
Es tierra americana, de Costa Rica, tierra
que bosteza de noche pidiendo más semillas,
más arados, más brazos, más ternura.

Hermano mío, maestro, los hombres todos somos
las semillas del mundo.

Nos derramamos locos sobre la tierra, locos
nos clavamos en ella, hundimos las raíces
y crecemos.

Tú eres una semilla, hermano mío.

La semilla escogida por las otras semillas
para que oiga la tierra
y nos diga la forma de arraigarnos,
la forma de chupar los minerales,
la forma de curvarnos contra el viento.

Debes ser buena, fresca, valerosa semilla.

Debes ser dulce, honda, delicada semilla.

Debes ser franca, recta, indomable semilla.

Tú debes conducirnos, tierra arriba, hacia el triunfo.

Tú debes levantarnos de la basura diaria.

Has de enseñarnos cómo se digiere la vida,
cómo se halla el amor,
cómo se da la mano al que ha resbalado,
cómo se siembra bien en mitad de un barranco,
cómo se siembra orgullo en mitad de un esclavo.

Tienes que conducirnos salvos por entre selvas,
espinas y mentiras.
Tienes que aconsejarnos
cómo lavar los cuerpos, cómo lavar las almas.

Tienes que darnos dioses
más nuestros, más humanos, más francos y valientes.

Si no pones el pie donde debes, hermano,
todos nos doblaremos.
Si no escuchas a tiempo el fondo del barranco,
todos nos hundiremos.

¡Y sobre ti caerá, como un chorro de sangre,
el agua amarga y triste de los remordimientos...!

Caminando

Rodeado de sueños y esperanzas amargas,
voy a gatas sufriendo, caminando la vida,
apartando pedazos de noche con las manos,
preguntando en qué sitio se puede comprar algo
de amor, algo feliz, alguna fruta alegre.

La "democracia" duele como una mano rota
y me llena los cuencos de los ojos de sangre.
Cadenas y cadenas chasquean en la sombra.
Millones de puñales enlutados se pegan
a los ojos lo mismo que paredes de tumba.
Los ojos son dos lámparas apagadas, antorchas
sin resina, ventanas con cortinajes negros.
Ninguna puerta se abre francamente a la buena,
verdadera, total, democrática siembra.
La tierra se avinagra en manos egoístas
y muchas, muchas manos cuajadas de semillas
piden tierra en el nombre de un cristo desnutrido,
y los cristos, en pilas, obstruyen los caminos,
tapian las puertas, cierran las represas del alma,
hacen caer los pies más alegres, atajan
los desfiles de hombres que marchan hacia el canto.

Uno compra esperanza en todas las boticas,
pero ya la esperanza no cura las heridas,
no sana las angustias, no cicatriza el hambre
que sangre adentro grita pidiendo libertad,
pidiendo pan, pidiendo vivienda para todos,
silencio para todos, vaso de amor, cuchara
de amor para las bocas que en la noche se abren
como grandes cavernas cuajadas de fracaso...

Paz

Pero la paz, hermanos, compañeros, se acerca.
Viene sobre los montes en hombros labradores,
viene sobre los trenes en hombros maquinistas,
viene sobre los mares en hombros pescadores.

Grandes hordas de fieras quieren sembrar la guerra,
echan dientes de hidra en todos los terrenos,
pintan caras amargas en las ventanas nuevas...
Sin embargo, la paz, compañeros, se acerca.
Yo la oigo venir sobre las noches. Viene
por los montes, las casas, las fábricas, las minas,
los terrenos sembrados de frutos y de flores.

Os repito que hay fieras en sitios ciudadanos,
que en las tiendas de lujo hay fieras desovando
el huevo de la guerra. Pero las fieras son
cada vez más pequeñas, más débiles, más pobres.
Nadie les da posada, ningún buen hombre, nadie.
Ninguna buena esposa, ninguna buena madre.

Los malos sembradores van cayendo trozados
por la cintura en dos trozos de carne amarga,
aplastados debajo del grito de los pueblos.

De cada hueso, de cada mujer herida,
sale un cuchillo ardiendo, cortando brazos malos.

Y sobre brazos, muslos, cabezas desprendidas,
va creciendo el oleaje de paz, de buena paz,
paz comprada con negras monedas de dolor,

pero paz, compañeros; paz, hermanos; paz buena,
fresca y onminiscente como un aire, una nube
de estrellas aventadas por un ángel de fuego.

Retrato a lápiz de angustia

Camina amargamente. Sobre el barro
sus pies dibujan cruces de amargura.

Su sombra tambaleante se parece
a una sombra de tumba.

Tiene veintidós años, un vestido,
un hijo de tres meses
y muchas toneladas de abandono.

No sabe desde cuándo anda sin alma,
desde cuándo sin besos ni ternura,
desde cuándo con hambre y sin ventanas.

Hoy camina a lo largo de las calles
pidiendo un techo, un pan, una mirada
de ternura, un jarrón de leche tibia...

Hoy no reza
pues no puede rezar... ¿A qué dios bueno
decir sus oraciones, si los dioses
la dejaron tirada en media vida
cuando más les rezaba? Piedra mala
se le ha hecho el rencor en las entrañas.

Ella no sabe que lo lleva adentro,
pero el rencor está, hombres felices,
¡el rencor está en ella germinando
espadas de pasión contra vosotros!

Cualquier día lo veréis, millonarios, ministros,
damas de té y canasta,
cualquier día le veréis el rencor, ¡pero entonces
será tarde! ¡Habrá crecido tanto,
estará en tantos tristes como ella,
que ni las armas, ni los dioses, nada
podrá salvaros de sus destrucciones!

Camina amargamente sobre el barro
y sus pasos dibujan huellas muertas
y sus huellas escriben en el barro
la más triste palabra de tristeza.

Sonata en tristeza mayor

No hay casa más triste que la casa
donde un pobre se ha muerto.
Sobre todo si el pobre era el marido
de una mujer de cabellera negra
y el padre de seis hijos de ojos tristes.

Habrá que empujar mucho,
sangrar mucha vergüenza,
para que un solo pan entre de nuevo
por la puerta del frente.

¡No sé con qué pupilas se puede ver de noche
una casa de pobre donde el pobre se ha muerto!
Queda el aire mojado con un agua llorosa
y hasta los viejos trastos olvidan el olor de los frijoles
y la caricia fértil de la leche.

Cuando –casi a la fuerza–
entra en ella algún tímido alimento,
hay una fiesta de ángeles que se sale hasta el patio
durante muchas horas.

Un olor a hambre diaria
sale de las ventanas, tan espeso,
que hasta los postes blancos del telégrafo
se ponen de color amarillento.

Que hasta el zapato huérfano, debajo de la cama,
nos mira con tristeza,
nos habla del jornal del que se ha muerto,
del dulce cigarrillo que nunca se fumaba.

Y nos pide limosna, con la lengüeta afuera,
como una mano triste de niño abandonado.

Sabor amargo

Una tarde la vi. Era pequeña
como un manojito de yerba acongojada.

Le vi los ojos: eran dos pozos angustiados,
negros hasta la muerte y la tristeza.

Le vi las manos, débiles como ramillas secas,
no podían soportar
ni el peso de la sábana.

Le vi las piernas, cortas
y débiles como piernas de gatito apaleado.

Le miré largamente los dos labios y supe
que nunca habían bebido un trago, un solo trago
de dicha y de alegría.

Si alguno me pidiera que saque por las calles
la bandera del llanto y la miseria,
sacaría su pequeño retrato desolado,
exhibiría sus piernas paralíticas,
sus manos paralíticas,
su alma humanamente paralítica...

Tenía 17 años (me lo dijo su abuela)
y nunca he comprendido
cómo podía llevar tantos años adentro,
si era tan pequeña, tan triste, tan delgada.

La vi una tarde. Digo que yo la vi una tarde
y desde entonces llevo
no sé qué sabor malo en mitad de la lengua,
y en las noches no rezo. ¡Pregunto a Dios cómo es
que se puede escribir la palabra alegría
sin que duelan las manos y se cierren los ojos,
sin que la tinta tome colores de vergüenza,
sin que el alma se salga gritando por la boca!

Balada de la hora amarga

Es inútil decir en esta hora:
"Os amo, compañeros".

El amor es país sin geografía,
sin historia, ni tiempo.
En las calles se agita
la resaca del odio y la blasfemia.

Hay una inundación de mercaderes
con ojos de animal sencillo y bueno.

Una marea sangrienta de piratas
con dulces crucifijos en el cuello.

Hoy se juega a los dados
–¡ah, Dios mío, a los dados!– el lecho del enfermo,
la esperanza del triste,
la camisa del huérfano.

A veces no se sabe,
cómo persiste el hombre en media tierra,
cómo no se ha escapado de la vida,
cómo no se ha caído del planeta...

Si no hay plantas de amor, medicinales,
alimenticias plantas.

Si crecen solamente las espigas del dólar,
el cacto del comercio,
el opio de la guerra.

Si en todas las ventanas anida la injusticia
como una culebra.

No sé cómo no sangra,
cómo no se ha asfixiado el hombre de tristeza,
si en 1964 hay todavía
mendigos en las noches de los parques,
almas sin una miga de esperanza
y esquinas donde nunca entra un almuerzo.

Torturado

Sucede que en la noche, cuando solo se oye,
áspero y asustado, el jadeo del mundo
y el golpe amargo y duro del corazón de Dios,
me sobresalta el grito de alguien que padece,
de alguno que parece morir estrangulado en medio
[de dos puertas,
o morir degollado escuchando la muerte
temporal de las olas a la orilla del mar.

Y sucede que entonces amanezco
dolidamente amargo
y ninguno comprende esa seca amargura sin motivo,
y me ven, extrañados, caminar como a saltos,
sin mirar las paredes, ni los charcos, ni el cielo.

Yo quisiera explicar que me hallo triste porque
alguno murió anoche de pie sobre la patria
o en nombre de la esposa perdida para siempre;
pero sería inútil porque yo no poseo
ningún manchón de sangre,
ni una fotografía que atestigüe que alguno
fue muerto de verdad a orillas de la sombra.

Y tengo que guardarme el cadáver adentro,
para mí solo, adentro,
para sufrirlo, adentro,
como si mi alma fuera, en esta parte del mundo,
la única pariente del hombre asesinado.

Fotografía en rojo vivo

Tenías muchas tristezas en tu casa,
muchas cuevas de hambre en tu vestido,
la miseria ladraba en los umbrales,
noche tras noche, como un perro herido.

Tenías siete hijos en la estera
y un frío por única frazada,
dolor para la cena y el almuerzo
y un trozo de lamento por almohada.

Pediste un trozo más de amor, pediste
un trozo más de pan y de caricia;
te cansaste de estar oliendo a triste,
a fracaso perenne y a injusticia.

Querías tener un lecho, almuerzo diario,
una alegría pequeña en medio mundo;
pero te dieron odio, te llamaron
ladrón y "mal patriota" y vagabundo
y te arrojaron a la calle con
tu carga de miseria y mala suerte
y se rieron de verte masticando,
como un trozo de pan, tu propia muerte.

El encuentro

Nadie se ha de quedar
sobre la cama entonces.

El que desee ser hombre,
tocar un manantial,
poseer un almuerzo,
pasear con su novia,
engendrar algún hijo,
no podrá mantenerse un momento en la estera
después de la llamada.

Sobre los troncos alzarán sus siluetas pesadas
los campesinos
y sus sombras serán como la lluvia buena
para las plantaciones.

De las casas saldrán las madres y las hijas
y las mujeres mozas,
y un olor a remanso,
a leche pura y fresca,
rodará por las calles y los campos.

De las fábricas y talleres
–como pequeños dioses–
brotarán los obreros.

Las lagunillas de sudor, debajo de sus brazos,
moverán los serruchos, las sierras, los escoplos
y todo lo que es vida sobre el mundo.

Después –como al descuido– alguien dará
[parcelas
de tierra a cada uno,
de amor a cada uno,
de pan a cada uno,
de luz a cada uno.

Y nunca más, nunca, la tierra tendrá hombres
con miles de camisas
y hombres con millones de tristezas...

Entonces la palabra hermano
querrá decir hermano,
exactamente hermano,
amadamente hermano...

Índice

La poesía social de Jorge Debravo 7

Arturo Echeverría Loría

El hermano Jorge 11

José León Sánchez

Nosotros los hombres 17

Nosotros los hombres 19
La misa buena 21
Este sitio de angustia 23
Esta hora nueva 25
Denuncia 27
Inventario 28
Alma 29
Hombre 30
El paso 31
El pozo 32
Corazón de fracaso 33
Trajes 34
Esta canción amarga 36
Nocturno de vida y muerte 37
Óleo negro 39
Miedo 40
Vergüenza 41
El vaso de esperanza 42
Canción divina 43
Grandes silencios 44
Elegía para Cristo 47
Guía para un profeta 49

Los sembradores 50
Patria 52
Canción en tiempo de esperanza 54
Potros imbéciles 56
Nocturno sin patria 58
Silencios 59
La pregunta mala 60
Romance negro 61
Paisaje en negro de tumba 63
Presagio de fuego 65
Dos retratos en negro 67

Poemas fraternales 69
Carta circular de abrazo 71
Carta circular de angustia y esperanza 73
La semilla 75
Caminando 77
Paz 78
Retrato a lápiz de angustia 80
Sonata en tristeza mayor 82
Sabor amargo 84
Balada de la hora amarga 86
Torturado 88
Fotografía en rojo vivo 89
El encuentro 90

Edición aprobada por la Gerencia en concordancia con el artículo 11 de la sesión N.° 2167 del Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica. Impreso en la Imprenta Nacional en el 2013, en papel editorial y cartulina barnizable.

Consejo Directivo
de la Editorial Costa Rica

Presidente
Claudio Monge Pereira

Vicepresidente
Albino Chacón Gutiérrez

Secretario
Ramiro Rodríguez Vargas

Directores
Alfonso Chase Brenes
Edwin León Villalobos
Óscar Montanaro Meza
Flor de Ma. Pérez Zamora
Maribel Salazar Valverde
Eliécer Venegas Segura

Impresión:

Impresión
Imprenta Nacional
Costa Rica

"La tierra no pertenece al hombre, sino que el hombre pertenece a la tierra."

Jefe indio Seattle